

parece muy escabroso el camino para llegar á ellas, ó si penetras que por más que te apliques has de avanzar muy poco, viniendo á serte infructuoso el trabajo que impendas en instruirte, no te aflijas, te repito. En ese caso tiende la vista por la pintura, ó por la música, ó bien por el oficio que te acomode. Sobran en el mundo sastres, plateros, tejedores, herreros, carpinteros, batihojas, carroceros, canteros y aun zurradores y zapateros que se mantienen con el trabajo de sus manos. Dime, pues, qué cosa quieres ser, á qué oficio tienes inclinación y en qué giro te parece que lograrás una honrada subsistencia; y créeme que con mucho gusto haré porque lo aprendas y te fomentaré mientras Dios me diere vida; entendido que no hay oficio vil en las manos de un hombre de bien, ni arte más ruin, oficio ú ejercicio más abominable que no tener arte, oficio ni ejercicio alguno en el mundo. Sí, Pedro; el ser ocioso é inútil es el peor destino que puede tener el hombre; porque la necesidad de subsistir y el no saber cómo ni de qué, lo ponen como con la mano en la puerta de los vicios más vergonzosos, y por eso vemos tantos drogueros, tantos rufianes de sus mismas hijas y mujeres, y tantos ladrones, y por esta causa también se han visto y se ven tan pobladas las cárceles, los presidios, las galeras y las horcas.

Así, pues, hijo mío, consulta tu genio é inclinación

con espacio, para abrazar éste ó el otro modo con que juzgues prudentemente que subsistirás los días que el cielo te conceda, sin hacerte odioso ni gravoso á los demás hombres, tus hermanos, á quienes debes ser benéfico en cuanto puedas, que esto exige la legítima sociedad en que vivimos.

Pero también debes advertir, que aunque tú has de ser el juez que te examine, por la misma razón has de ser muy recto sin dejarte gobernar por la lisonja, pues entonces perderás el tiempo. Tus especulaciones serán vanas, y te engañarás á tí mismo si no pruebas tu capacidad y analizas tu genio como si fuera el de un extraño, y sin hacerte el más mínimo favor. El gran Horacio aconseja en su *Arte Poética* á los escritores, *que para escribir elijan aquella materia que sea más conforme á sus fuerzas, y vean el peso que puedan tolerar sus hombros, y el que resistan.*

Pues es cierto que si las fuerzas exceden á la carga, ésta se sobrellevará; mas si la carga es mayor que las fuerzas, rendirá al hombre, quien vergonzosamente caerá bajo su peso.

Es una verdad que se introduce sin violencia dentro de nuestros corazones, que *no todos lo podemos todo*; pero la lástima es que, aunque conocemos su evidencia, la conocemos respecto de los demás, mas no respecto de nosotros mismos. Cuando alguno emprende hacer esto ó

aquello y le sale mal, luego decimos: ¡Oh! pues si se mete á lo que no entiende, ¿no es preciso que yerre? Pero cuando nosotros emprendemos, creemos que somos capaces de salirnos con la nuestra; ¿y si erramos? ¡Oh! entonces nos sobran mil disculpas á nuestro favor para cubrirnos de las notas de imperitos ó atolondrados.

Por esto no me cansaré de repetirte, hijo mío, que antes de abrazar esta ó la otra facultad literaria, esta ó aquella profesión mecánica, etc., lo pienses bien; veas si eres ó no á propósito para ello; pues aun cuando te sobre inclinación, si te falta talento errarás lo que emprendas sin ambas cosas, y te expondrás á ser objeto de la más severa crítica.

Cicerón fué el depósito de la elocuencia romana; tenía inclinación á la poesía, pero no aquel talento propio para ella que llaman *estro*, lo que fué causa de que cometiese una ridícula cacofonía, ó mal sonido de palabras en aquel verso que censuró con otros Quintiliano:

*O fortunatam natam me consule Romam.*

Y Juvenal dijo, que si las *Filípicas* con que irritó el ánimo de Antonio las hubiera dicho con tan mala poesía, nunca hubiera muerto degollado.

El célebre Cervantes fué un grande ingenio, pero desgraciado poeta; sus escritos en prosa le granjearon

una fama inmortal (aunque en esto de pesetas, murió pidiendo limosna; al fin fué de nuestros escritores); pero de sus versos, especialmente de sus comedias, no hay quién se acuerde. Su grande obra del *Quijote* no le sirvió de parco para que no lo acribillaran por mal poeta; á lo menos Villegas en su séptima elegía dice, hablando con su amigo:

Irás del Helicón á la conquista  
Mejor que el mal poeta de Cervantes,  
Donde no le valdrá ser quijotista.

Este par de ejemplitos te asegurará de las verdades que te he dicho. Conque, anda, hijo, piénsalas bien, y resuelve qué es lo que has de ser en el mundo; porque el fin es que no te quedes vago y sin arbitrio.

Fuése mi padre, y yo me quedé como tonto en vísperas, porque no percibía entonces toda la solidez de su doctrina. Sin embargo, conocí bien que su merced quería que yo eligiera un oficio ó profesión que me diera de comer toda la vida; mas no me aproveché de este conocimiento.

En los siete días de los ocho concedidos de plazo para que resolviera, no me acordé sino de visitar á los amigos y pasear, como lo tenía de costumbre, apadriñado del consentimiento de mi cándida madre; pero en el octavo me dió mi padre un recordoncito, diciéndome: —Pedrillo; ¿ya sabrás bien lo que has de decir esta noche

acerca de lo que te pregunté hoy hace ocho días?— Al momento me acordé de la cita, y fui á buscar un amigo con quien consultar mi negocio.

En efecto, lo hallé; pero ¡qué amigo! como todos los que yo tenía, y los que regularmente tienen los muchachos desbaratados, como yo era entonces. Llamábase este amigo Martín Pelayo, y era un bicho punto menos maleta que Juan Largo. Su edad sería de diez y nueve á veinte años; jugadorcillo más que Briján; enamorado más que Cupido; más bailador que Batilo; más tonto que yo, y más zángano que el mayor de la mejor colmena. A pesar de estas nulidades, estaba estudiando para *padre*, según decía, con tanta vocación en aquel tiempo para ser sacerdote como la que yo tenía para verdugo; sin embargo, ya estaba tonsurado y vestía los hábitos clericales, porque sus padres lo habían encajado al estado eclesiástico á fuerza, lo mismo que se encaja un clavo en la pared á martillazos, y esto lo hicieron por no perder el rédito de un par de capellanías gruesas que había heredado. ¡Qué mal estoy y estaré toda mi vida con los mayorazgos y las capellanías heredadas!

Pero de cualquier modo, este fué el eximio doctor, el hombre provento y el sabio virtuoso que yo elegí para consultar mi negocio, y ya ustedes verán qué bien cumpliría con las buenas intenciones de mi padre. Así salió ello.

Luego que yo le informé de mis dudas y le dije algo de lo que mi padre me predicó, se echó á reír y me dijo:

—Eso no se pregunta. Estudia para clérigo como yo, que es la mejor carrera, y cierra los ojos. Mira, un clérigo es bien visto en todas partes; todos lo veneran y respetan aunque sea un tonto, y le disimulan sus defectos; nadie se atreve á motejarlos ni contradecirlos en nada; tiene lugar en el mejor baile, en el mejor juego, y hasta en los estrados de las señoras no parece despreciable, y por último, jamás le falta un peso, aunque sea de una misa mal dicha en una carrera. Conque así estudia para clérigo y no seas bobo. Mira tú; el otro día en cierta casa de juego se me antojó no perder un albur, á pesar de que vino el as contrario delante de mi carta, y me afiancé con la apuesta, esto es, con el dinero mío y con el ajeno. El dueño reclamaba y porfiaba con razón que era suyo; pero yo grité, me encolericé, juré, me cogí el dinero y me salí á la calle, sin que hubiera uno que me dijera *esta boca es mía*, porque el que menos me juzgaba diácono; y ya tú ves que si este lance me hubiera sucedido siendo médico ó abogado secular, ó me salgo sin blanca ó se arma una campaña de que tal vez no hubiera sacado las costillas en su lugar. Conque otra vez te digo, que estudies para clérigo y no pienses en otra cosa.

Yo le respondí:—Todo eso me gusta y me convence

demasiado; pero mi padre me ha dicho que es preciso que estudie teología, cánones, leyes ó medicina; y yo, la verdad, no me juzgo con talentos suficientes para eso.— No seas majadero, me respondió Pelayo. No es menester tanto estudio ni tanto trabajo para ser clérigo; ¿tienes capellanía?— No tengo, le respondí.— Pues no le hace, prosiguió él: ordénate á título de idioma; ello es malo, porque los pobres vicarios son unos criados de los curas, y tales hay que les hacen hasta la cama; pero esto es poco, respecto á las ventajas que se logran; y por lo que toca á lo que dice tu padre de que es necesario que estudies teología ó cánones para ser clérigo, no lo creas. Con que estudies unas cuantas definiciones del Ferrer ó de Lárraga, te sobra; y si estudiases algo de Cliquet, ó del curso Salmaticense, ¡oh! entonces ya serás un teólogo moralista consumado, y serás un Séneca para el confesonario, y un Cicerón para el púlpito, pues podrás resolver los casos de conciencia más arduos que hayan ocurrido y puedan ocurrir, y predicarás con más séquito que los Masillones y Burdalúes, que fueron unos grandes oradores, según me dice mi catedrático, que yo no los conozco ni por el forro.

—Pero, hombre, la verdad, le dije; yo creo que no soy bueno para sacerdote, porque me gustan mucho las mujeres, y según eso, pienso que soy mejor para casado.—Perico, ¡qué tonto eres! me contestó Pelayo. ¿No ves

que esas son tentaciones del demonio para apartarte de un estado tan santo? ¿Tú crees que sólo siendo eclesiástico podrás pecar por este rumbo? No, amigo; también los seculares y aun los casados pecan por el mismo. A más de que ¿qué cosa?... pero no quiero abrirte los ojos en esta materia. Ordénate, hombre, ordénate, y quítate de ruidos, que después tú me darás las gracias por el buen consejo.

Despedíme de mi amigo, y me fuí para casa, resuelto á ser clérigo, topara en lo que topara; porque me hallaba muy bien con la lisonjera pintura que me había hecho Martín del estado.

Llegó la noche, y mi buen padre, que no se descuidaba en mi provecho, me llamó á su gabinete y me dijo:

—Hoy se cumple el plazo, hijo mío, que te dí para que consultaras y resolvieras sobre la carrera de las ciencias ó de las artes que te acomode, para dedicarte á ellas desde luego; porque no quiero que estés perdiendo tanto tiempo. Dime, pues, ¿qué has pensado y qué has resuelto?—Yo, señor, le respondí, he pensado ser clérigo.—Muy bien me parece, me dijo mi padre; pero no tienes capellanía, y en este caso es menester que estudies algún idioma de los indios, como mexicano, otomí, tarasco, matzagua ú otro, para que te destines de vicario y administres á aquellos pobres los santos sacra-